

DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO.

Octubre 8 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 10.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO DÉCIMO

LAS VISITAS. — LA PARTIDA.

A primera visita que recibió Marta, á su llegada á Buenos Aires, en la noche, fué la de su amiga Orfilia Sánchez. Era ésta una jóven de 18 años, blanca y rosada, de cabellos y ojos negros. ¿Qué le faltaba para ser una belleza absoluta? Acaso que la nariz hubiese crecido en proporción de las demás líneas del rostro; pero este defecto de detalle quedaba disimulado por la armonía y hermosura del conjunto. Era alta y ésbelta. Su corpiño aprisionaba un seno casto, como el que dibuja la leyenda en las imágenes de la Doncella de Orleans.—Tenía además en su fisonomía una espresion dulce y serena, reflejo de la sólida bondad de su alma. Predominaba en ella el buen sentido, como equilibrio de su inteligencia, de su corazón y de todo su organismo. Sus ideas eran claras y justas; sus sentimientos nobles y moderados, y en todas las manifestaciones de su naturaleza resonaba siempre una nota plácida, profundamente amable.—Había la educación completado con acierto las tendencias nativas de la sensata Orfilia.—Era su padre, don Antonio Sánchez, un antiguo y honrado dependiente del señor Valdenegros (viniendo de ahí la estrecha relación de las dos familias), que había entrado á servir en el Banco de la Provincia, cuando éste se reorganizó en 1854, y continuado allí tranquilo, correcto, impertérrito, ageno al vaiven de las contiendas políticas, hasta alcanzar uno de los primeros puestos en la repartición de contabilidad.—La madre, doña Margarita Moyano, pertenecía á una vieja familia unitaria, y había nacido en la emigración, formando su carácter y sus hábitos en el molde inflexible de la pobreza austera que el proscripto sobrelleva con altiva fortaleza.—Del consorcio de don Antonio Sánchez y doña Margarita Moyano había resultado un hogar modesto, metódico, sereno, impregnado de dignidad y de virtud, donde se había deslizado la existencia de Orfilia, apacible y pura, como la acequia de un jardín.... ¿Qué mejor amiga hubiera podido elegir Marta Valdenegros, para contrarrestar el desequilibrio romanesco de su espíritu?

Cuando estuvieron solas las dos jóvenes, sentadas en un sofá, con las manos entrelazadas, Orfilia preguntó sonriendo:

—¿Recibiste una interesantísima carta mía?

—Recibí tu parte de casamiento, respondió Marta con donaire.

Todo el buen sentido de Orfilia no bastaba para impedirle estar enamorada y deleitarse en conversar de sus dulces amores.—Entregóse, pues, á largas expansiones con su jóven amiga, que la escuchaba con cierto silencio triste, solamente interrumpido

por exclamaciones cariñosas, cuyo principal objeto era disimular el íntimo estado del alma.

—¿No crees que seremos muy felices?—dijo por último Orfilia.

—Cómo nó!—contestó Marta;—si se quieren tanto—¿quién podría suponer lo contrario?

—Sin embargo, prosiguió la novia, no todos piensan como tú.—Ayer mismo tuve un gran disgusto.... Fui á visitar á mi prima Genoveva, y cometí la necedad de preguntarle qué le parecía Eduardo. ¿Sabes lo que me contestó? «Tiene olor á pobre y no comprendo cómo le haces caso.»

—Qué antipática! exclamó Marta, sintiéndose rozada en lo vivo de su llaga.

—¿Has visto?... Yo estoy muy habituada á las salidas malignas de mi prima; ahora, encerrada en su casa desde la muerte de Nevares, entretiene sus ócios en el manejo de la lengua, y es natural que se perfeccione en el arte de la murmuración; pero te confieso que así mismo tuve una impresión penosísima al oír esas palabras pronunciadas con tanta convicción y tal desden... Indudablemente, Eduardo es un mozo sin fortuna; pero pertenece á una familia conocida,—es abogado y secretario de la Cámara de Apelaciones. Le han prometido también una cátedra en el Colegio Nacional. Tiene, pues, posición y porvenir. ¿Debia yo ambicionar otra cosa?—Mi familia no es rica, y mal me sentaría exigir palacios al que haya de ser mi marido... Papá y mamá aceptan de buena gana á Eduardo; lo encuentran un partido excelente para mí.... Tú misma, que perteneces á una familia opulenta,—tú misma, no crees que podrias enamorarte de un joven de sociedad como Eduardo, admitido en todas partes, bien educado, con carrera hecha, aun cuando no tuviera fortuna?

—Oh! si, sería capaz! murmuró Marta con una sonrisa amarga.

—¿Sabes que te encuentro algo estraña?—esclamó Orfilia, después de contemplar á su amiga unos instantes; ¿qué tienes?

—Que no tengo! replicó Marta, forjando una sonrisa maliciosa.

—Ah! picarona!—También yo, me paso las horas hablando de mí misma, olvidada de que tú también.... Discúlpame! La felicidad, en sus primeras horas, es un poco egoísta.... Vamos á conversar ahora de ti.... ¿Te ha dejado el Dr. Nugués tan buenos recuerdos como tú á él?... Con franqueza....

—No tal!

—¿De veras?

—¿Tendria yo reservas para ti?

—¿Nada queda adentro?

—Nada!

—Pues te felicito entónces! Me daría tristeza verte inclinada á gustar de un escéptico como el Dr. Nugués, que se burla de todos y de todo en este mundo....

—Tan léjos estoy de inclinarme á él.... ni á nadie, (añadió penosamente) que en estos días, y debido á mis instancias, debemos embarcarnos para Europa....

—Para Europa!

—¡Si!... quiero viajar! Es un deseo irresistible. Se me figura que moriría de pesar si no realizase este deseo.

Marta sufría con intensidad en aquel instante. Había creído que tendría valor para confiarle á Orfilia el secreto de su pasión; había esperado con ansiedad la hora de esa confidencia íntima, y ahora, en presencia de Orfilia, oyéndola referir sus amores, todavía modestos, con un joven abogado, secretario, catedrático, de familia distinguida... se sentía humillada por el recuerdo de sus amores con *el mayordomo de la Estancia*, y le faltaban fuerzas para confesar su extravío á aquella amiga tan discreta, tan llena de mesura en sus palabras y de razón en sus juicios. No por esto se debilitaba en su alma la imagen de Jorge Parler. No por esto renunciaba á los deliquios de su misterioso amor; y así, agitada por esas corrientes adversas de humillación moral y de exaltación amorosa, le parecía á un mismo tiempo que el olvido era un suplicio y la constancia un crimen.

En otra ocasión, no habría dejado Orfilia de entrever que la actitud de Marta encerraba algún arcano, haciendo esfuerzos para descubrirlo; pero se encontraba ahora dominada por las preocupaciones de su reciente dicha y de su próximo enlace; deleitábase en la observación de los nuevos horizontes abiertos á su vida, y figurábase inconcientemente que su mejor amiga debiera interesarse tanto como ella misma en los insaciables devaneos de su amor. Marta oyó largo tiempo á Orfilia, con atención y con envidia. Empezaba á comprender las puras voluptuosidades de una pasión confesable, y á cada instante se veía más obligada á envolver en sombras sigilosas el torturado recuerdo del mayordomo de las Alamedas!

Muy á su pesar interrumpió Orfilia las dulces confidencias, cuando doña Margarita la llamó desde el salón contiguo, donde conversaba con doña Emilia. Habían ido á pie, y debían retirarse temprano.

Luego que Marta se hubo despedido de su amiga en el vestíbulo, corrió á su alcoba, que estaba á oscuras; y desahogó sus congojas en copioso llanto. Siguióla doña Emilia,—se dió cuenta de la aflicción de su nieta, y se retiró en silencio.

—Si viésemos cómo ha fatigado el viaje á *tu tesoro!* díjole al señor Valdenegros, cuando este entró al comedor para tomar el té; está ya en cama y profundamente dormida.

Piadosas mentiras! y á corto intervalo de la semana santa pronunciábalas doña Emilia, sin sentir ni el más leve mordisco de su católica conciencia! Ocurrió poco después al tribunal de la penitencia, y cuando llegó á este capítulo, puso en apuros la ciencia casuística del padre jesuita que la confesaba.

Al día siguiente de llegar, recibió la familia Valdenegros la visita de la madre de Rodolfo De Siani. Don Francisco acogió afectuosamente á su hermana. Doña Emilia y Marta la abrazaron. Ella aceptó estas demostraciones con palabras y actitudes espresivas de que creía merecer eso y mucho más.

Era la viuda del Conde Rodolfo De Siani una mujer de sesenta y cinco años de edad; alta y delgada, de rostro enjuto, aguileña la nariz; hundidos y verdosos los ojos; finísimos los labios; salientes los pómulos y la barba. Guiñaba los ojos y fruncía los labios, con un *tic* nervioso que le daba aire siniestro. Vestía de terciopelo negro desde los pies hasta la cabeza, y sus mismos guantes tenían en el puño guarniciones de terciopelo negro. Caminaba, gesticulaba y hablaba con los rasgos característicos de una reina que ha pasado por largas vicisitudes dramáticas.

Así que tomaron asiento en el salón de las visitas de confianza, comenzó doña Dorotea á hablar de sus sufrimientos y dolencias, con tal minuciosidad, que parecía ocupada de suministrar á su médico datos prolijos para un diagnóstico concienzudo.—Todas la escuchaban silenciosamente. Parecía que le reconociesen el derecho, que se atribuyen las *personas augustas*, de dirigir exclusivamente la conversación.—Dilucidado aquel tópico con abundante facilidad de dición, se dignó la condesa poner los

ojos en su sobrina y no tuvo inconveniente en manifestar que la encontraba *completamente restablecida*.

—Eres de naturaleza vigorosa, añadió con cierto retintín; un viaje á la pampa te será siempre de provecho!

—Y ahora, atreviéndose á decir el señor Valdenegros, completáremos la fiesta con un viaje á Europa.... ¿qué te parece, buena hermana?

—¿A Europa?

—Sí! á Europa, ni más ni menos.

—Dichosos los que tienen fortuna para satisfacer todo capricho! —exclamó doña Dorotea, con un tono que se hubiera podido interpretar como un reproche al origen de la fortuna de su hermano, aun cuando nada estuviese más distante del pensamiento de la puntiaguda señora.

—¿Y tú? ¿porqué no te animas á acompañarnos? Qué mejor oportunidad que ésta!

—Sin duda, el estado de mi salud te parece muy propicio para semejante viaje! respondió doña Dorotea, mirando á su hermano de tal modo que parecía atribuirle la responsabilidad de sus enfermedades.

—Talvez el viaje á Europa te fuese de provecho, insinuó el Sr. Valdenegros.

—Vaya! replicó la señora; desde que has tenido *congreso médico* en tu casa, con motivo de la enfermedad de *la niña*, parece que te hubieras hecho fuerte en medicina!

Doña Emilia y Marta se creyeron obligadas á festejar esas palabras como una ocurrencia espiritual.

—Pero todos dicen que los viajes... repuso don Francisco.

—Tengo horror al mareo!—prosiguió enfáticamente doña Dorotea; jamás quise acompañar al Conde (así llamaba ella á su difunto esposo) en sus diversos viajes á Italia. El Conde me halagaba con la idea de ser yo dama de honor de la Reina de Nápoles, como él era gentil-hombre del Rey. Así mismo, no cedí. Ahora que tú pretendes llevarme como dama de honor.... de Emilia, ¿cederé?

Es de suponerse que al pronunciar estas palabras, la condesa habría anonadado á su hermano con una mirada terrible si el *tic* nervioso no la hubiera, en ese instante, hecho guiñar los ojos y fruncir los labios.—Doña Emilia y Marta festejaron otra vez la chispa de doña Dorotea; pero el señor Valdenegros se sintió vejado.

Un sirviente de frac y guante blanco, se detuvo ceremoniosamente en la puerta, anunciando nuevas visitas que esperaban en el *gran salón*.

—Pueden ir, dijo doña Dorotea, con un gesto magnánimo; me conviene hablar á solas con Francisco.

De buena gana aceptaron doña Emilia y Marta aquella princesca indicación.

—Pobre abuelito! sabe Dios la que le espera! exclamó Marta, mientras iban hácia el gran salón.

—En la intimidad se suaviza siempre un poco, respondió doña Emilia con benevolencia digna de todo encomio.

Comenzó doña Dorotea por señalar al señor Valdenegros el asiento que su esposa había dejado vacío en el sofá que ella misma ocupaba, y así que lo vió á su lado abrió la conferencia con esta breve interrogación:

—¿Recibiste la carta en que Rodolfo te anunciaba su viaje?

—La recibimos, respondió don Francisco, sumamente complacido de poder hacer un cumplimiento á su adusta hermana; la recibimos y nos alegramos mucho de la resolución del sobrino....

—De mi resolución, querrás tú decir; todo es obra mía, exclusivamente mía.—Si tú supieras los resortes que he debido tocar para decidir al Ministro! Vale más que lo ignores.—Mira tú las consecuencias de las calaveradas!—Juzgaban á Rodolfo indigno de ser *attaché* á la Legación de Norte-América!

—Qué exageración!

—No, yo te diré, el muchacho ha sido un calavera terrible.—No hay que disminuir el mérito de mis trabajos para conseguir el puesto.

—Ni por pienso!

—Supongo que te harás cargo de todo el alcance de mi idea al encaminar á Rodolfo en la carrera diplomática.... Quiero darle una ambicion, despertarle el orgullo de su origen.—Que vaya y se roce con las eminencias del mundo, para que vea lo que vale poder decir en cualquier parte: soy hijo del Conde De Siani, gentil-hombre del Rey Fernando de Nápoles. Hasta aquí, ah!—parece que mi plan vá dando resultado. Exigió el Ministro que Rodolfo apareciese reformado, juicioso, durante algunos meses, para que la oposicion no criticase el nombramiento.... Rodolfo aceptó la imposicion, y ha cumplido el propósito.... hasta cierto punto!

—Lo que yo siento, observó don Francisco, es que el sobrino se separe de ti. Quedas tan sola!—Ya que estaba corregido.... y dejaba de darte disgustos—¿porqué no haberse empeñado para que concluyese sus estudios de médico?....

—Francisco, replicó doña Dorotea,—tú siempre has tenido ideas muy estrechas.—Era el defecto que te ponía el Conde; y tenía razon! No puedo permitir que confundas la carrera diplomática con la profesion del médico. El Conde se admiraba siempre de que aquí se tratase con tanta consideracion á los médicos. En las córtes, decía él, ellos ocupan el último puesto de palacio....

—Pero la medicina es una profesion muy honorable....

—No se trata de eso. Todo trabajo es honorable.—El carpintero es honorable.—Tus sirvientes pueden ser honorables... No es cuestion de honorabilidad, sino de rango.—No deja de ser aristocrático trabajar para sí mismo. La nobleza de Inglaterra suele ser trabajadora. Lo que hace inferior al hombre, entiendes, es trabajar en provecho de otros, y por eso el Conde decía con frecuencia que la sociedad se divide en dos rangos, el de los que trabajan para los demás, y el de los que hacen trabajar para sí... Los médicos, tendrás que reconocerlo, están á la disposicion del primero que los llama... eso es triste!—No tengo noticia de que ningún conde haya sido médico; pero la diplomacia es carrera favorita de los nobles....

Abria don Francisco tamaños ojos al escuchar las doctrinas de su hermana, y, sin quererlo, se acordaba de que el Conde de Siani habia pertenecido al rango de los que aprovechan el trabajo y el dinero ajenos!

—El afán de Rodolfo, prosiguió doña Dorotea, por estudiar medicina, no mereció jamás mi aprobacion.—Lo toleré, únicamente.—Por otra parte, era indispensable que Rodolfo saliese de Buenos Aires. Tú no comprendes el alcance de las cosas; yo sí.—Permaneciendo aquí, la enmienda radical era imposible.—No necesito entrar en más esplicaciones.—Además, ¿quién ignora cuánta influencia benéfica tienen los viajes? El Conde decía que, sin haber viajado, todo hombre es necesariamente incompleto.

—Bajo ese aspecto, es muy acertada tu resolucion, dijo amablemente don Francisco.

—Bajo todos los aspectos! repuso doña Dorotea. Tengo, sin embargo, un temor; y es que Rodolfo, en vez de tomar en Inglaterra el paquete de los Estados Unidos, se vaya á Paris y se quede allí disipando los recursos que lleva. Si eso sucede, toda mi obra está perdida.... Yo no quiero que Rodolfo vaya á Paris, entiendes, sino de secretario de Legacion y con la esperiencia adquirida en otras grandes ciudades....

—Perfectamente pensado!—esclamó don Francisco, inclinando la cabeza.

—Pues bien!—Tu viaje es oportuno, y por eso he descendido á tantos detalles, que no son de tu resorte. Si encuentras á Rodolfo en Paris, prométeme que pondrás toda tu influencia, que ejercerás toda tu autoridad, para que parta sin demora á ocupar su puesto

en Washington. Si con tal objeto es menester todavía hacer un sacrificio de dinero, estoy dispuesta á hacerlo. Puedes adelantar los fondos, que yo los reembolsaré aquí á tu primer aviso....

—Inútil hablar de eso! respondió don Francisco. Tiempo sobraré de arreglar cuentas, á nuestra vuelta. Yo te prometo correr de Paris al sobrino, por todos los medios á nuestro alcance.... Creo que nos tiene respeto y consideracion. Nos atenderá; y si el dinero puede allanar dificultades, dadas por allanadas.

—Confío en tu palabra, dijo doña Dorotea, con aire solemne y poniéndose de pié. No hay necesidad de que Emilia y la nieta se enteren de nuestra conversacion. Guardarás reserva. Házlas llamar. Me retiro. El médico debe ir hoy á mi casa.

Acudieron doña Emilia y Marta á despedirse de la enterciope-lada señora, y don Francisco bajó con ella del brazo, para instalarla cortesmente en el cupé.

Durante varios dias, mientras llegaba el de la salida del vapor escojido para el viaje á Europa, fué una romeria de visitas la casa de la familia Valdenegros.—Cuánto mortificaba á Marta la imposicion de los deberes sociales! Hubiese ella deseado absorber todo su tiempo en la contemplacion solitaria de sus dolorosos recuerdos.—Rara vez estaba su espíritu presente en el salon, y las señoras y las señoritas salian diciendo que la fiebre tifoidea habia hecho estragos en Marta Valdenegros.... No faltó quien esclamase: «*la pobre ha quedado media opa!*»

¿Y nuestro doctor Nugués, qué fué lo que dijo?

El doctor Nugués.... pero antes es menester que conozcamos un antecedente de su primera visita,—pues involuntariamente el escéptico facultativo habia tenido por exploradora á Pancha Ovalle.—De nombre la conocen ya los lectores; deben conocerla ahora de vista, y por fuera y por dentro, porque desempeña un papel importante en esta crónica.

Cuestion de árduas investigaciones seria determinar con precision la edad de Pancha Ovalle.—Se murmuraba que era la hermana mayor de numerosa familia, cuyos miembros varones y mujeres, estaban ya casados; pero los varones se inmolaban generosamente, considerando á Pancha como una hermana menor, y al efecto la llamaban *Panchita*. Ella, ante las intimaciones de los años, tenia su divisa heroica: *La guardia muere, pero no se rinde*. Su baluarte era la moda, donde se defendía con todos los recursos de un buen gusto y de una habilidad indisputables.—Exageraba, sin embargo, las modas, probablemente para parecer más jóven.—Presumia tener el talle más fino de Buenos Aires, y en efecto, al contemplar el aro estrecho de su cintura, era cosa de preguntar cómo podian mantenerse las funciones vitales entre los dos compartimentos en que aparecia dividido aquel cuerpo.—La extrema finura del talle estaba á la vista; pero la naturaleza de las turgencias adyacentes quedaba envuelta en un misterio análogo al de la edad de su propietaria. Otra de sus presunciones era el pié. Lo tenía de una pequeñez inverosímil en relacion á la estatura, que era elevada, y de irreprochable belleza arquitectónica. Con este motivo, usaba los vestidos muy cortos de adelante, y en la calle, en su casa, en las visitas, avanzaba el pié con el mismo donaire que usan otras mujeres para erguir la cabeza.—Años atrás, en los bailes de máscaras, aquella cintura increíble, aquellos piecitos prodijiosos, habian originado buenos chascos. Despues, concluyeron los mozos por ponerse en guardia contra semejantes bellezas de detalle. Temian encontrarlas unidas al rostro proverbialmente feo de *Panchita*! Los artificios más prolijos, los afeites más esmerados, no lograban disimular la fealdad de aquella cara larga, con ojos revueltos, nariz colgante, y boca tan diminuta que la palabra solo salia de sus cavidades con dificultoso remilgue.—Corria acerca de ella esta frase verdaderamente cruel: «no está bien sino con careta.»

Pancha Ovalle habia tenido la fraternal satisfaccion de ver desfilar á todos sus hermanos menores por el florido camino del

himeneo, sin encontrar quien la invitase á seguir el ejemplo. Solo en *estirpe* conocia los halagos del amor; pero no estaba aun desalentada. Tenia en Córdoba una tia, viuda, rica y sin hijos, de quien esperaba ser heredera universal *ex-testamento*, como ahijada y sobrina predilecta. Percibida la herencia, contaba tener en ella el talisman matrimonial que sus hermanos habian encontrado en los encantos físicos; pero la cosa iba larga, porque á la madrina le habia entrado el empeño de no quererse morir. Pancha, entretanto, salvaba el honor de la bandera, conservando los viejos atractivos de su casa para el sexo fuerte. Hacia largos años que el papá (primo segundo de doña Emilia Valdenegros), habia muerto. Era la mamá una señora inofensiva, inerte, que á nadie estorbaba con las majaderías de la vejez, y Pancha se manejaba en su casa como si estuviese sola y fuese enteramente libre.—De diez á doce de la noche, llenábase su casa de visitas masculinas, sirviéndole de *plantel* los miembros del cuerpo diplomático.—¿Cuál era el aliciente?—Muchos!—En primer lugar Pancha Ovalle suministraba un té y un café que no tenian rivales.—Del bizcochuelo no hablemos!—Solo ella conocia el secreto de su fabricacion. Se conversaba libremente y estaban todos á sus anchas.—La señorita Ovalle era el archivo constantemente renovado de todos los hechos sociales de Buenos Aires. Del mundo de las familias conocidas, iban á inscribirse en aquellos registros parlanchines todos los nacimientos, todos los bautismos, todos los noviazgos, todos los matrimonios, todas las rupturas de amores, todas las perturbaciones conyugales, todos los desalabros de fortuna, sin contar otras categorías de fenómenos reservados, que Pancha Ovalle tenia el raro privilegio de pispar en la aventura incipiente y de seguir con sagacidad sus mas delicadas consecuencias. Para todo esto, la servian á las mil maravillas la circunstancia de estar muy bien y muy íntensamente relacionada su familia, y la de ser ella misma una visitadora infatigable.—La recibian con gusto en todas partes, en la seguridad de que su conversacion seria siempre noticiosa, y á la vez por agradecimiento á los frecuentes regalos con que obsequiaba á todas sus amigas, empleando al efecto la incomparable habilidad de sus manos para toda clase de confecciones y labores.—Las conversaciones de la noche, en el salon de su casa, eran el asunto de las amables escursiones del dia, y los tertulianos encontraban allí abundante fuente de interesantísimas informaciones. Hasta las intrigas políticas hacian cruzar por aquel salon algunos de sus hilos subalternos; pero la red principal consistia en intrigas amorosas. Pancha Ovalle tenia la pasion de las confidencias de ese orden. Se deleitaba descubriendo la veta oculta de los corazones, fomentando las simpatías nacientes, acortando las distancias de los enamorados, envalentonando á los débiles, moderando á los fogosos, prodigando á sus amigos de ambos sexos muy oportunas indicaciones estratégicas... Placeres inocentes! A falta de propio capital, ¿por qué sorprenderse de que las agenas vibraciones de amor, al pasar por ella, le dejasen una dulce sensacion de voluptuosidad inofensiva?

La visita de Pancha Ovalle á la familia Valdenegros habia sido verdaderamente memorable.—Así que pudo hablar en particular con Marta, le nombró al Dr. Nugués, como explorando el terreno.—Ante el silencio de la jóven, desprendió algunas guerrillas avanzadas, ponderando el entusiasmo con que el Dr. Nugués hablaba siempre de *su enferma*.—Marta permanecia impasible.—Entonces, Pancha llevó una carga decidida, con interrogaciones directas, que la jóven rechazó desdeñosamente.... ¿Era posible aquello?—Derrotada en el primer ataque, comenzó Pancha á hablar de cosas indiferentes, tratando de interesar á Marta con un rico surtido de noticias.... Se criticaba mucho el nombramiento de Rodolfo de Siani como *attaché* de la Legacion en Washington..... Habia diversas opiniones sobre el futuro casamiento de Orfilia Sanchez y Eduardo Arismendi; creian los unos que la novia hacia favor al novio, y otros á la inversa... Era objeto de los mayores

encomios el duelo tan irreprochable como inesperado que Genoveva Ortiz guardaba por su difunto esposo don Arturo de Nevares... No así tal otra viuda que empezaba á revelar en su traje el deseo de las segundas nupcias... El invierno seria muy alegre, pues se anunciaban muchos bailes y recibos... Ganaba terreno la candidatura del Dr. Avellaneda... Todo el cuerpo diplomático era avellanedista... Se insistia en que el doctor Nugués ocuparia de un momento á otro uno de los ministerios nacionales... Golpe en falso... Marta lo escucha todo con glacial indiferencia.—No escucha siquiera; tiene su pensamiento en otra parte.—Había en aquello un gran misterio. El viaje á Europa, sobre todo, necesitaba una explicación plausible.—Marta es impenetrable á tal respecto.—Hábilmente interrogado el señor Valdenegros, da pruebas de un perfecto disimulo... Doña Emilia parece esquivar un tanto la conversacion... Pancha se figura haber descubierto un hilo del enigma... Cuando vuelve á su casa, recapacita, analiza, escarba prolíjamente sus recuerdos, liga los hechos, ahonda las conjeturas, apura las deducciones, y á la noche, apenas llega el doctor Nugués, que era uno de sus parroquianos más fieles, se apresura á comunicarle el resultado indudable, evidente, de sus investigaciones espontáneas: «Marta Valdenegros está furiosamente enamorada del doctor Nugués; sus abuelos le han impuesto que oculte esa pasion, y se la llevan á Europa, para que sea imposible el casamiento».

Fué bajo la influencia de estas revelaciones que al día siguiente compareció el escéptico facultativo á la espléndida morada de la familia Valdenegros. Estaba intrigado, tenia el amor propio ofendido; queria juzgar las cosas por sí mismo.—¿Cuál no sería su sorpresa al ver que don Francisco y doña Emilia lo recibian con amabilidad y franqueza que no admitian sospecha de fingimiento en tan excelentes y candorosas personas?—Marta, si... laconica y apática, denotando un cambio radical en sus manifestaciones exteriores.—Muy pronto, los abuelos, por un motivo ó por otro, dejan al doctor Nugués á solas con la señorita... Aquel del ingenio chispeante del doctor Nugués!—Brotan de sus labios frases picarescas, espirituales, galantes, llenas de malicia delicada y de sorpresas retóricas... Con la décima parte de aquel lujo intelectual, recordaba el doctor Nugués haber tenido á Marta suspenda de sus labios, riendo á carcajadas melodiosas, ávida de seguir escuchándolo... y ahora la encuentra inerme, sonriendo apenas, cortando la conversacion, con palabras sueltas y triviales; á veces displicentes!... ¿Será menester que trate de tocar las cuerdas patéticas de aquella alma reconcentrada?—Lo ensaya.... espera una mirada que lo aliente para dar el golpe decisivo; pero en vano!—El desagrado, la repulsa de Marta, son visibles... Sufre ella intensamente!—Está resignada á olvidar, pero se indigna todavía ante la idea de ser infiel!

Salió el doctor Nugués de casa de la familia Valdenegros singularmente perplejo.—Encaraba la cuestion como un filósofo.—¿Qué problema era aquel? ¿Un problema psicológico, ó un problema fisiológico? Marta parecia enamorada... ¿mas de quién? En la Estancia de las Alamedas, no habia ningun hombre.—Sobre este punto, la certidumbre del doctor Nugués era absoluta.—¿Qué pensar entonces?—¿Seria que Marta, despues de haber alcanzado una convalescencia vigorosa, recaía en una neurósis melancólica, como remota consecuencia de la fiebre tifoidea? El doctor Nugués buscaba la solucion en sus libros de medicina; pero Pancha Ovalle se mantenía en sus trece. Para ella, los abuelos fingian y Marta estaba intimidada.—¿Era de ver cómo se dejaba arrullar el doctor Nugués por las argumentaciones de Pancha!

Marta se desesperaba entre tanto, contando como un siglo cada dia que la separaba del fijado para la partida.—Se habia confesado, y el sacerdote, movido por un sentimiento disculpable, habia exagerado desmesuradamente la culpa de la niña.—Estaba aterrada.—Quería huir de sí misma, y á la vez pensaba que

jamás podría arrancar de su memoria aquel recuerdo voluptuosamente cruel.

Tuvieron lugar los últimos aprestos.—De tiempo atrás, don Francisco y doña Emilia proyectaban la construcción de una suntuosa capilla en su quinta de Barracas.—Tenían ya elegido el plano.—Resolvieron que la capilla fuese construida mientras viajaban por Europa. Se llamaría *Santa Marta*, y ellos la inaugurarían a su vuelta, en acción de gracias por la esperada felicidad del viaje. Allí en su interior presumían inconcientemente que por ese medio aseguraban los favores de la Providencia al alejarse de la tierra natal.

También dejaron arreglado otro detalle importante. Estaba empeñada la lucha electoral. Don Francisco era mitrista, y más aun doña Emilia.—¿Le dejaremos al Comité doscientos mil pesos?—dijo don Francisco.—Quinientos mil!—repuso doña Emilia, y así se hizo.—Debieron quedar contentos los Dioses de la familia Valdenegros!

Y al fin, tuvo lugar la partida. —Marta desde la cubierta del vapor, estremecida de frío, con los ojos llorosos, contemplaba las torres de la ciudad, que se perdían en el horizonte, envueltas en las brumas de la tarde, y dejaba discurrir el pensamiento hasta la invisible región donde Jorge Parler, sabedor de la partida, lloraba, sin duda, en aquel mismo instante, la eterna ausencia de su amaba!

(Continuará.)

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

VIII

EN nada alteró la vida de Cristina su profesión monástica. Alejada en lo posible de sus compañeras de reclusión, vivía entregada a sus recuerdos, sin inmiscuirse para nada en las cuestiones internas del convento. Asistía a las prácticas religiosas, cumplía todos los preceptos de la orden, pero no intimaba con las otras monjas, apesar de lo que ellas hacían por inspirarle confianza. Solo tenía predilección por una novicia desterrada del mundo por las mismas causas que ella, pero no podía confiarle sus expansiones íntimas, vigiladas como estaban ambas siempre por una tercera, que impedía toda confidencia.

Aquella vida de reclusión, entristecida por el sufrimiento moral que mortificaba a Cristina, influyó en el delicado temperamento de aquella niña, trabajado ya por dos años de continuos sinsabores. La demarcación se acentuaba día por día en su pálido semblante, y ella lo comprendía así con íntima satisfacción, como si su sola esperanza estuviese en desatar el único vínculo que la unía al mundo: la vida.

La señora de Peña, en sus continuas visitas al locutorio, rogaba a Cristina que se cuidase, y suplicaba a las monjas que la acompañaban, que atendiesen a su hija e influyesen para que no se abandonase en el delicado estado en que se encontraba. Pero todos los consejos y las súplicas eran inútiles. Desde que Cristina comprendió que su físico no resistiría a las privaciones que ella le imponía, hizo estudio en no perdonar medio de aniquilarse. La idea del suicidio había cruzado ya por su mente varias veces, y otras tantas la había rechazado como un atentado contra su Dios. Pero si bien rechazaba el suicidio violento, no creyó cometer delito alguno minando su existencia con sufrimientos materiales y morales, y dió en mortificarse de todas maneras.

Exajeraba los ayunos, velaba hasta altas horas de la noche, dormía vestida, y llevaba cilicios que le llagaban el cuerpo. Autes de seis me-

ses, Sor Maria de las Mercedes era apenas una sombra de aquella Cristina Peña adornada con todos los encantos de la belleza.

Labrada su existencia por el recuerdo de su desgracia y los sufrimientos que infligía a su cuerpo, languidecía rápidamente, resignada ella y hasta contenta con aquel aniquilamiento que la acercaba a la tumba de su amado.

Un día fué la señora de Peña al convento, y Cristina no apareció en el locutorio. Alarmada la madre rogó que le dijese lo que tenía su hija. La monja trató de ocultarle la verdad diciéndole que Sor Mercedes estaba ocupada en sus devociones, y que no podía salir, pero la madre no se dejó engañar, y a sus reiteradas instancias no pudo la monja excusarse de contestarle que estaba enferma.

Aquí empezó una escena conmovedora. Porfiaba la madre por entrar a ver a su hija enferma, pero todo su afán se estrellaba ante las reglas del convento que no permiten dentro de su recinto a ningún profano. Profana una madre! ¿Qué es lo que puede profanar el ser más sagrado, el amor más puro, el sacrificio más sublime?

Todos estos razonamientos se hacía la señora de Peña, y se los esponía llorando a las monjas que con imperturbable calma la oían sin contestarle una sola palabra. Al día siguiente, cuando volvió al locutorio, se presentó Cristina, desencajada, macilenta, sin fuerzas casi para hablar. Sonrió a la madre que no quitaba de ella los ojos, pegado el rostro a las rejas, y trató de tranquilizarla diciéndole que su indisposición del día anterior había sido pasajera y que ya se encontraba bien. Inútiles consuelos! No era necesario ser madre para adivinar los sufrimientos de aquella niña, pintados en su rostro marchito, en sus manos descarnadas y transparentes, en el caimiento de todo su cuerpo que acusaba una postración penosa.

Se vela que la muerte invadía lenta pero obstinadamente aquel organismo delicado y destruía uno por uno sus tejidos, preparando un desenlace que no era difícil prever. La señora de Peña vivía en una continua angustia. Vela que su hija se agostaba, y nada podía hacer por ella, cuando tenía la seguridad de que sus cuidados le devolverían la vida. Indicaba a las monjas lo que debían hacer, el alimento que habían de darle, las precauciones que sería necesario tomar, pero todo era inútil. Aquellas pobres mujeres, encerradas en su fatalismo místico, no veían más que la mano de Dios en lo que a Cristina pasaba, y a él la encomendaban, persuadidas de que en la tierra no hay medio de contrarrestar los designios de la Providencia.

Otro año transcurrió así, avanzando siempre la enfermedad de la monja, y al cabo de ese tiempo empezó aquella a caracterizarse con los mismos síntomas de la que había llevado a Alberto Condé a la tumba. A instancias de la madre y valiéndose de influencias eclesiásticas, se consiguió que el médico de la familia de Peña viese a la enferma, en compañía del facultativo del Establecimiento.

La opinión del médico fué alarmante. Cristina está grave, dijo, pero su estado no es todavía de desesperar. Algunos meses de campo, una buena alimentación y prolijos cuidados pueden hacerla restablecer.

La madre comunicó a las monjas el dictamen del facultativo, y les dijo que era necesario cumplir aquellas prescripciones inmediatamente. Las monjas contestaron que las cumplirían, que ellas estaban acostumbradas a curar enfermas, y que nada le faltaría a Cristina. La señora dijo que ese mismo día quería sacar a su hija, y que en cuanto a ellas no tenían que molestarse, pues yendo Cristina con ella no había necesidad de más cuidados.

Pero la madre no sabía o no recordaba lo que es un convento. Sacar a una monja imposible. Las reglas de la orden no lo permiten, ni lo permitirán jamás.

—Pero es que el médico ordena que salga mi hija al campo, argumentaba la madre casi suplicando.

—Aquí nadie ordena, hermana, contestó la Superiora con sequedad, sino los estatutos de la Institución, y por consiguiente Sor Maria de las Mercedes no saldrá del convento.

—Es que si no sale, si yo no la cuido, se muere la hija de mis entrañas, lloraba la madre.

—Respetemos, hermana, la voluntad de Dios. Sor Maria Mercede

ya no pertenece al mundo. Si el Señor la llama á sí es porque la cree digna de entrar en su reino.

—Es que yo soy su madre! gritó la señora de Peña con acento desgarrador. Soy su madre y no hay fuerza en el mundo que separe á la madre de la hija.

—No blasfeme, hermana, replicó la monja con calma. Sor Maria Mercedes no tiene más madre que Nuestra Señora Divina, y á ella solo debe cuenta de sus actos.

Fueron en vano todos los ruegos de la madre, é inútiles todas las influencias que se pusieron en juego para que se permitiese la salida de Cristina. Y la pobre niña seguía agravándose día por día sin que ella hiciese nada de su parte por contener los avances del mal ántes bien facilitándoles el camino con privaciones y vijilias que la estenuaban. La tisis destruía aquella existencia con golpes certeros que la misma paciente no trataba de esquivar.

Cristina se veía obligada á guardar cama casi constantemente, imposibilitada de tenerse en pié por la extrema debilidad que la postraba. La señora de Peña acudía todos los días á la reja del locutorio y se pasaba allí largas horas pidiendo informes del estado de su hija. Quería saberlo todo: si había dormido, si se alimentaba, si se acordaba de ella. Las monjas contestaban á todas estas preguntas con monosílabos, como si las fastidiase la insistencia de aquella pobre madre cuyos sufrimientos no alcanzaban ellas á comprender en su egoísmo.

Cierto día, al pedir por el torno que anunciase su visita, le contestaron que no podían recibirla. Pidió entonces que avisasen á la Madre Superiora, y al cabo de pocos minutos volvió la tornera diciendo que no estaba visible, y que solo se admitían visitas los Jueves y Domingos.

La señora de Peña quedó aterrada ante aquella negativa que la privaba hasta del consuelo de estar bajo el mismo techo que su hija enferma. Aquel día permaneció largo tiempo junto á la puerta del convento, esperando que saliese alguien que le dijese cómo estaba Cristina. Pero esperó en vano; las puertas se cerraron al llegar la noche, y la madre, con el corazón traspasado de dolor, tuvo que retirarse sin saber lo que pasaba en la celda de su hija.

Desde aquel día tuvo que resignarse á ir solo dos veces por semana á informarse de Cristina y á hablar indirectamente con ella por intermedio de las monjas. Pero ni la enferma recibía las dulces palabras de su madre empapadas en llanto como ella se las enviaba, ni la madre oía el acento querido de la hija en las contestaciones secas é indiferentes que las monjas le llevaban. Aquellas visitas eran desgarradoras para la pobre madre que sabía que su hija estaba á pocos pasos de ella sufriendo á solas, sin un cariño, sin un consuelo que aliviase sus dolores.

Se acercaba el verano con sus vivificantes calores. Cristina empezó á levantarse de la cama poco á poco: se sentaba en una silla, y alejando á sus enfermeras, se estasiaba en la contemplación del retrato de Alberto que conservaba siempre. La fiebre de la enfermedad había enardecido en ella su pasión, y vivía más que nunca entregada al recuerdo de aquel amor primero y único que había hecho palpitar su corazón de virgen.

Al entrar un Jueves la señora de Peña en el locutorio del Convento no pudo contener un grito de alegría al ver tras de la reja á Cristina.

—Acércate, hija mía, le decía con la más cariñosa de las entonaciones de una madre; acércate, quiero verte, quiero besarte, quiero tenerte entre mis brazos un minuto siquiera para resarcirme de todo el tiempo que hace que no te veo.

Cristina sonrió tristemente pero no se levantó de la silla en que estaba sentada; no podía. Haciendo un esfuerzo supremo había llegado hasta allí para complacer á su madre, á cuyo cariño volvía al sentir que la vida se le escapaba, pero aquel esfuerzo la había postrado á punto de que le era imposible dar un paso más.

Parecía un espectro! La enfermedad había devorado toda la carne de aquella criatura y solo quedaba de ella el cutis amarillento y opaco pegado sobre los huesos, y los ojos negros, inmensos, hundidos en el fondo de las órbitas profundas.

Cómo sufrió la pobre madre al verla. En el primer transporte, sol

habla tenido presente que estaba al lado de su hija querida, pero cuando notó su aniquilamiento, cuando vió que no tenía ni aliento para dar un paso, se echó á llorar con amargas lágrimas, que en vano trataba de contener para no revelar á Cristina sus tristes presentimientos.

Al día siguiente, la señora de Peña recibió una carta del médico del convento en la que le decía que aunque no estaba autorizado para ello, creía de su deber comunicarle que Sor Maria de las Mercedes estaba muy grave.

Nada más decía la carta, pero aquello bastaba y sobraba para hacer adivinar á la madre que se acercaba el triste fin que ella presagiaba. Apesar de la prohibición de entrar al convento en otros días que los reglamentarios, la señora de Peña acudió presurosamente á la Santa Casa, y llamó en el Torno. Aquel día no le negaron la entrada y penetró en el locutorio donde encontró á la Superiora que la esperaba.

—Mi hijal quiero ver á mi hijal fué lo primero que dijo al entrar.

—Resignacion, hermanal le contestó la monja.—Sor Maria de las Mercedes se está preparando para comparecer ante su Dios.

—Pero yo quiero verla, yo quiero estar con ella. Mi ángel no se puede morir así, sin recibir un beso de la madre; sin que yo, su madre, reciba su último beso.

La monja callaba.

—Déjenme entrar, continuó la pobre señora hincada de rodillas y con las manos en ademán de súplica. Yo no la hablaré, no la distraeré de sus oraciones. . . . Un minuto. . . un minuto nada más. . . Déjenme verla. . . . No entraré siquiera á la celda; la veré desde la puerta, pero no me nieguen ese favor; es lo único que les pido.

—No se puede, hermana, contestó la monja; es inútil todo ruego, porque aquí nadie puede entrar.

La señora de Peña seguía de rodillas, y llorando le suplicaba á la monja:

—Vd. ha tenido madre también, y sabe cuánto la quería. Póngase en el caso de Cristina y comprenderá cuánto anhelaría su buena madre estar á su lado para consolarla. . . . Voy á verla ¿no es verdad? . . . Vd. me vá á permitir entrar. . . .

La monja había enmudecido y permanecía con la eabeza baja como para esquivar la mirada suplicante de aquella pobre madre que solo pedía ver á su hija.

La señora de Peña persistió, instó, rogó, intentó conmovér todas las fibras del corazón de aquella mujer, pero fué en vano.

Al llegar la noche tuvo que retirarse, compelida á ello casi hasta por la violencia. Solo cedió ante la amenaza de que no se le permitiría entrar al día siguiente.

FIN DEL CUADRO OCTAVO

Almas hermanas

AL EMINENTE ORADOR JUAN CARLOS BLANCO (*)

EN prosa ó verso, es una la potencia
Que arrebató las palmas del combate;
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

De Bolívar la frase audaz retumba
Gomo el canto sublime de Tirteo,
Y en Carabobo y Ayacucho, tumba
Abre al coloso ante su voz pigmeo!

Libre ó ceñido al armonioso metro,
El verbo de las almas se apodera;
Y á pié ó sobre el Pegaso, lleva cetro
El que incendia los pechos en su hoguera!

El sol del Ideal, el rayo estético,
Inundan a la par su altiva frente:
Cuanto eleva el espíritu es poético;
Cuanto llega hasta el alma es elocuente.

No vibra con más fuerza y ardimiento
Del laud creador la íntima nota,
Que el ademán y el varonil acento
Con que el tribuno a la maldad azota.

Poder del genio!...inmortaliza Homero
A lo que ruina fué de los Troyanos;
La túnica a Fhriné rasga el vocero
Que airados vé a los jueces inhumanos.

«*Condenad, si lo osais, grita Hyperide,
A Venus que ha bajado de los cielos!*»
Y con un golpe que la audacia mide,
Al suelo arrojó los flotantes velos.

De admiración los jueces confundidos
En un clamor exhalan su embeleso,
Y en vez del mortal fallo, estremecidos,
En su labio el perdón imita un beso....

Así cuando genial chispa desciende,
Y eléctrica sacude cuanto halla,
El pueblo—niveo alud que se desprende—
Cruje, y en grito formidable estalla!

Mentiras, celos, móviles menguados
Que interceptan la luz con velo denso,
Hacia el abismo ruedan, sepultados
Bajo el aplauso popular inmenso!

En la Prensa, en el Foro, en la Tribuna,
Su látigo de fuego alza tonante
La palabra, que mágica se auna
Con el estro que vence al consonante.

En prosa ó verso, es una la potencia,
Que arrebató las palmas del combate:
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

Montevideo, Setiembre 15 de 1883.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 9

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas

Negras

D 3 CD

A 3 TD

D 5 D (jaque)

T toma D

C juega (mate)

Si la T 4 R toma la D en el segundo movimiento, el C 4 AR dá mate ocupando la casilla 6 R.—Si la otra T toma la D, el C 3 TD da mate en la casilla 2 AD.

Las únicas soluciones exactas que hemos recibido han sido las remitidas por El Duende, Un aspirante a Presidente, y Rocambole y Rocambolito.

(*) Con motivo de su último discurso, pronunciado en la fiesta literario-musical del Ateneo del Uruguay, celebrada en el Teatro de San Felipe y Santiago, la noche del 12 de Setiembre de 1883.

CHARADAS

1.ª *Cosmografía*—2.ª *Galleo*—3.ª *Aurelia*

Han observado algunos que de la 3.ª charada sale también *Eulalia*.

Las tres fueron descifradas por Moniato, Paso Profundo, Ag. Manecha Recalde, F. Mitre, Un aspirante a Presidente, Sanchez, Una Floridense, Cagliostro, Picazo y Becerranza, Lamparilla y Boracaburu.

FUGA DE VOGALES

*Dulce es oír la grata melodía
Del ruiseñor que entona en la espesura,
Cuando lleno de amor y de ternura
Manda sus cantos al creador del día.*

FUGA DE CONSONANTES

*¡Y es dulce contemplar con alegría
De las candidas flores la hermosura,
Símbolos fieles de inocencia pura
Que al mirarlas el alma se extasial*

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Dulce es mirar la luz resplandeciente
Que el sol derrama en la gentil pradera;
Dulce es, en fin, mirar tranquilamente
El astro rey de la azulada esfera;
Pero es más dulce el escuchar en calma
La dulce voz de la mitad de su alma!*

Descifraron las tres fugas: Moniato, Paso Profundo, Rocambole y Rocambolito, Un aspirante a Presidente, y Cagliostro:

La primera y última: Sanchez y Una Floridense.

La primera solamente: Ag. Manecha Recalde, A. Susviela, y Picazo y Becerranza.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª *Impune*—2.ª *Apresto*—3.ª *Cristina*—4.ª *Flagelo*.

De la segunda palabra han dado algunos como solución: *Esparto* y *Pastero*.

La solución de las cuatro la remitieron Moniato, Paso Profundo, F. Mitre, Un aspirante a Presidente, Sanchez, Cagliostro, y Lamparilla. Rocambole y Rocambolito descifraron la 1.ª, 3.ª y 4.ª.

Una Floridense resolvió las dos primeras.

PASO DE REY Y SALTO DE CABALLO

*Juan adoraba a María,
María... lo desdenaba
Y siempre que la miraba
El pobre Juan se decía:
«Me parece más hermosa
Por que sé que me detesta!»
¡Cuánto más trabajo cuesta
Más se apetece una cosa!*

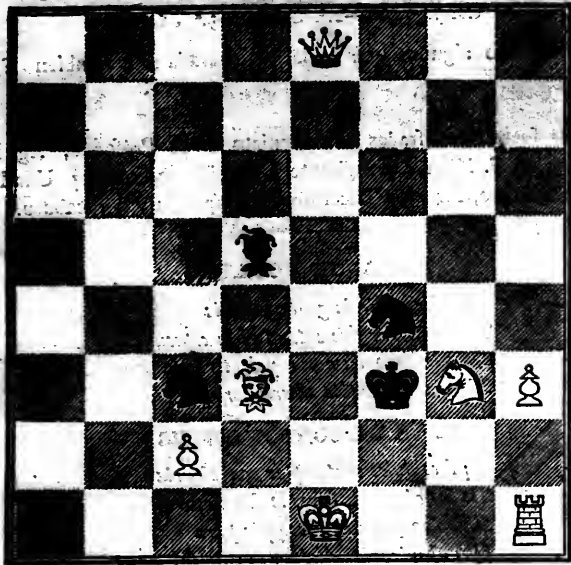
Fue descifrado por Un aspirante a Presidente, Paso Profundo, Cagliostro, y Picazo y Becerranza.

GEROGLÍFICO N. 9

En los partidos la inacción es la muerte.

Enviaron la solución: Un aspirante a Presidente, Moniato, Malcortá, Paso Profundo, Ag. Manecha Recalde, F. Mitre, Sanchez, Cagliostro, Lamparilla, y Boracaburu.

Problema de Ajedrez por Ulanij
NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

CHARADAS

Es mi *primera* y *segunda*
Si se quiere una tontera,
Mas nadie tener quisiera,
Porque es señal muy profunda
Que se acerca a la chochera.

Muchos hay que por no verse
En suerte tan triste y fiera
Suméjirse de cabeza
Quisieran en mi *tercera*.
¡Lo que es la humana flaqueza!

El *todo* es ave, es color,
Y de una isla morador:

OTRA

Tienen los animales
Prima y *segunda*
Y mi *segunda* y *prima*
Cosa es que cubre.
Segunda y *tercia*

Solo dicen los niños.
Todo es legumbre.

OTRA

Es mi *segunda* y *primera*
Efecto de la humedad,
Y mi *tercera* y mi *cuarta*
Lo usamos para comer.

Mi *cuarta* con mi *segunda*
Lo hallas en las librerías.
Y es mi *total* una parte
Principal del cuerpo humano.

FUGA DE VOCALES

a.-h.-r.f.n.-h.rm.s.-q.-s.-mbr..g.
C.n-l.-v.rt.d-q.-D.s-l.-d.-n-j.d..
Q.-v.nd.-s.-v.rt.d-l-v.c.-mp..!
i.l.-r.-d.l-pr.m.r.-q.-l.-p.g.!

FUGA DE CONSONANTES

U.a.-o.-e.-i.-u.-i.e.-a.i.a.a!
U.a.-i.i.o.-u.-u.s.a.-o.o.io;
U.-i.-a.ue.-e.-o.a.o.-á.-io
ue.-e.-a.e.o.-o.a.e.-e-u.a.-a.a:

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

n.-m.r.u.s.-q.e.-e.ud.-p.d.e
D.ó.-l.s.-i.o.-q.e.-d.r.n.-l.-r;
e.-n.-i.a.-e.-v.l.r.-e.-n.-a.m.r.
L.-b.d.-l.-v.n.a.z.-d.-u.a.-a.r!
l.-d.ó.-u.-a.-v.n.e.-b.t.-l.s.-a.m.s!
A.-m.r.-o.-c.e.p.s;-n.e.-i.s,-o.-a.m.s!

FUGA CAPRICHOSA DE LETRAS

u..a.-e.-s..io.-e.-n.-d.a
..n-p.br.-m.er.-s.ab.
..e.-o.-s.-li.n.ab.
D.-na.-rb.-u.-c.ia
g.ará.-r.-n.e.-s.-ec.a
M.s.-o.ro.-y.-r.s.o.-q.e.-o?
Y.-e.d.-e.-s.r.-ol.ó
..l.ó.-a.-r.-p.e.a.-ie.o
..e.-t.-s..io.-a.-g.en..
L.-o.j.s.-q.-é.-r.j.

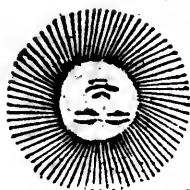
PALABRAS DESCOMPUESTAS

GAREDUROI-MARCENTE-RANDIRUÑA-VASTORIE

GEROGLIFICO NÚMERO 10



Z



que



IIU Capitan